

VIOLENCIA, RESISTENCIA CAMPESENA, ETNICIDAD Y RELIGIÓN EN MOZAMBIQUE

DAVID GONZÁLEZ LÓPEZ

Centro de Estudios sobre África y el Medio Oriente

MOZAMBIQUE INGRESÓ AL ÚLTIMO decenio del siglo XX al borde del colapso económico y de la disolución social. La leve recuperación de los principales indicadores en 1987-1989 pareció, hacia 1990, agotar sus posibilidades en circunstancias de guerra. En 1991 el PNB estaba compuesto en un 76% por ayudas externas, y el *per capita* se estimaba en menos de 90 dólares. Se calculaban en un millón los muertos por efecto de la guerra; en dos millones los desplazados dentro del país, y en una cifra similar los refugiados huídos al exterior. Noventa por ciento de la población vivía en la pobreza extrema, 50% dependía de la ayuda alimentaria foránea para vivir y, por ello, se veía amenazado por la apreciable “fatiga de los donantes”. Treinta y siete por ciento de los niños sufría desnutrición y unos 200 000 habían quedado huérfanos o separados de sus padres como consecuencia de los combates.¹

Más preocupante aún resulta la generación de la violencia en el campo, ahora extendida a los grandes núcleos urbanos de la costa, a unos niveles que parecen exceder la capacidad de respuesta de los mecanismos de “ley y orden” de factura “moderna”. No sorprende que en el nuevo decenio estén emergiendo estilos de lucha, de violencia y de autodefensa que tienen sus raíces en la tradición campesina, y en los cuales las creencias religiosas africanas pasan a un primer plano.

¹ Véase *Mozambique Information Organization News Review*, núm. 206, 25 de julio de 1991; Robert Davis, “Implications for Southern Africa of the Current Impasse in the Peace Process in Mozambique”, *Southern African Perspectives*, Centre for Southern African Studies, University of the Western Cape, núm. 9, 1991, p. 4; “Mozambique: la Paix en Suspens”, *Le Nouvel Afrique-Asia*, núm. 25, octubre 1991, pp. 18-19.

Los orígenes de la violencia

A pesar de su enorme extensión territorial y de su elevada población en el contexto africano, así como de sus tempranos contactos con el mundo árabe-musulmán y con el colonialismo portugués, Mozambique sólo experimentó con fuerza el empuje del capitalismo a fines del siglo XIX. Relegado a la función de reservorio de mano de obra para actividades productivas en las más desarrolladas colonias inglesas del interior, y a ser el punto de tránsito del comercio de estas últimas, el país sufrió entonces una diferenciación regional dictada por la variedad de las necesidades de la explotación colonial en cada uno de los territorios vecinos. Así, por ejemplo, los hombres del sur fueron empujados a trabajar en la minería sudafricana, y los de más al norte en las plantaciones o minas de Rhodesia, Zambia o Malawi.

Las instituciones tradicionales fueron, por consiguiente, deprimidas con la sangría sistemática de su mejor fuerza de trabajo, pero no suprimidas, en tanto cumplían la misión de alimentar, preparar y finalmente mantener (al cabo de su vida útil) al hombre destinado a aportar su fuerza de trabajo en el exterior, y que nunca le retribuiría a su comunidad con el vigor laboral de sus años más productivos. En muchas comarcas, las mujeres asumieron la agricultura de subsistencia en adición a sus tareas habituales, pero se vieron forzadas a cambiar a cultivos más fáciles de atender, aunque de menor valor alimentario. Muchos hábitos cambiaron, pero los religiosos tendieron a afianzarse en el campo para preservar así la cohesión social indispensable para el mantenimiento del orden tradicional. Tampoco el colonialismo brindó alternativas: para mediados del siglo XX, sólo 1 % de la población negra mozambicana podía leer y escribir en portugués. Además, el campesinado fue "forzado a la subsistencia y mantenido en su estado de transición por métodos aún más brutales que los usados por otros colonialismos".² Hasta 1926, el endeudamiento sirvió de herramienta para obligarle a vender su fuerza de trabajo sin llegar a proletarizarla totalmente. Sólo en 1960 se abolió formalmente el trabajo forzado, aunque

² John Saul, "Moçambique: Composeses e Libertação", *Descolonização e neocolonialismo, a África Austral em perspectiva (1)*, Centro de Estudos da Dependência, Iniciativas Editoriais, Lisboa, 1976, p. 82.

continuó bajo otras denominaciones, pues el colonialismo ejerció una represión político-militar notable para garantizar los cultivos de exportación a través de compañías concesionarias monopólicas extranjeras. Esa política afectó de nuevo los cultivos de subsistencia y fue causa de hambrunas cíclicas.³

Las concesionarias operaban soberanamente en enormes extensiones de territorio y contribuyeron a la ulterior parcelación económica, administrativa, social e incluso militar (pues cada una contaba con su ejército privado) del país. La fragmentación determinó también que el nacionalismo mozambicano emergiese igualmente fragmentario y tardío. En 1960, la masacre de Mueda —respuesta violenta del colonial-fascismo a una protesta pacífica en demanda de mejores condiciones para los campesinos del norte— dejó clara la necesidad de cierta dosis de contraviolencia popular frente a la brutal intransigencia de Lisboa, en momentos en que otras metrópolis ya optaban por la descolonización.

Por esos años aparecían las primeras organizaciones nacionalistas, fundadas por trabajadores migrantes mozambicanos radicados en países vecinos. Cada una exhibía bases étnicas distintas, y la influencia de los métodos de lucha nacionalista en boga en el país donde fuera fundada. El nacionalismo mozambicano amanecía con una articulación compleja, movido por fuerzas centrífugas y muy abierto a la influencia foránea desigual. En 1962, las tres principales organizaciones nacionalistas se fundieron en el *Frente de Libertação de Moçambique* (FRELIMO), incorporando a un número de dirigentes y cuadros sureños con altos niveles de instrucción “a la europea”; con la unidad, el FRELIMO tendría la ventaja de aglutinar al más amplio espectro independentista, de modo que nunca enfrentaría desafíos de envergadura de organizaciones políticas rivales, de base urbana o rural, que amenazasen con cerrarle el camino al poder poscolonial. El FRELIMO consiguió arrastrar a su proyecto liberador a variadas jefaturas tradicionales no comprometidas con el colonialismo, así como a lo mejor de las clases urbanas. Pero, en contrapartida, padecería en su seno pugnas internas, de

³ Alfred Ladu-Gore, “The Possibility of Socialism in the Third World Society Formations, with Particular Reference to Mozambique” (conferencia mimeografiada), Manchester, enero de 1984, pp. 20-22.

tendencia étnica, regional o sectorial, una de las cuales costaría la vida a su fundador, Eduardo Mondlane, en 1964.

El predominio de los sectores más radicales —frente a quienes deseaban, en alguna que otra zona liberada por las armas, perpetuar y aprovechar formas de explotación del campesinado en beneficio de las jerarquías étnicas— en la dirección del FRELIMO determinó que a partir de la independencia (1975) ciertas políticas que pretendían rectificar viejas injusticias sociales antagonizaran a buen número de jefes tradicionales que se quejaron de haber sido “traicionados” o “abandonados” por el movimiento de liberación recién instalado en el poder. Las pugnas proseguirían bajo nuevas formas en la etapa poscolonial.

Nunca sabremos cómo el FRELIMO —portador de un proyecto unificador y modernizador muy avanzado— hubiera lidiado con la resistencia que determinadas jefaturas y medios tradicionales oponían a sus políticas, en circunstancias de paz y sin injerencia externa. El hecho fue que, al aplicar las sanciones decretadas por la ONU contra el gobierno de Ian Smith en Rhodesia (Zimbabwe), Mozambique padeció una nueva guerra más devastadora, que desarticuló la vida en extensas zonas rurales. Aparte de los ataques rhodesianos directos, el país enfrentó las acciones de la llamada *Resistência Nacional Moçambicana* (RENAMO), encuadrada, armada y entrenada por los servicios secretos rhodesianos e integrada por remanentes del ejército colonial portugués, disidentes del nacionalismo mozambicano y mercenarios, con el propósito de impedirle al FRELIMO extender su poder y sus proyectos al campo. En sus primeros cinco años de existencia se hizo patente su objetivo de sembrar el terror, en vez de sumarse el apoyo de las comunidades rurales.⁴

Se esperaba que el desplome del régimen rhodesiano y el nacimiento de Zimbabwe (1980), con un gobierno amigo, causaría la extinción de la RENAMO. Pero en ese instante Sudáfrica se hizo cargo de las bandas y reorientó sus objetivos en dos aspectos importantes. En primer lugar, las dotó de medios para que sirviesen al propósito de desestabilizar no sólo a Mozambique sino también los puntos de importancia económica regional, en primer lugar las

⁴ Véase David González, “La Contrarrevolución en Angola y Mozambique”, *Cambio y contrarrevolución en África meridional*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1987, pp. 113-192.

vías de comunicación. En segundo, la RENAMO puso énfasis en utilizar el terror sólo contra los medios rurales que no pudieran ser cooptados como sostén político y logístico de la organización. En los primeros años del decenio 1980-1989 se evidenció que la RENAMO había conseguido implantarse en zonas cuyos pobladores se sentían contrariados o desatendidos por el gobierno central, y así comenzaron a esbozarse los rudimentos de un proyecto político "alternativo" al oficial en las (aún escasas) proclamas de la RENAMO, como la promesa de devolver a las jefaturas étnicas sus atribuciones de antaño.

Tampoco la firma de los Acuerdos de Nkomati con Sudáfrica, en 1984, trajo la paz a Mozambique, por causas que se han tratado de explicar a partir de hipótesis diversas. No hay dudas que desde Sudáfrica —al menos hasta 1991— siguió proviniendo un decisivo apoyo a la RENAMO.⁵ Otros aluden al efecto desmovilizador que tuvo la decisión de Maputo —al cesar la guerra con Rhodesia— de disolver la mayoría de sus unidades guerrilleras para iniciar la construcción de un ejército convencional sobre la base de la conscripción, cuya articulación fue difícil e inadecuada a la continuación de una guerra irregular proseguida por la RENAMO.⁶ Pero probablemente lo más importante fuese el hecho de que en los años ochenta, la RENAMO se modificó sustancialmente y consiguió —mediante la coacción, el terror o, en ciertas zonas, el convencimiento— una implantación territorial sólida, tuvo éxito en extender las zonas de combate, y la propia generalización de la guerra creó nuevas realidades a las cuales tuvieron que adaptarse las mentalidades campesinas.

De unos 2 000 hombres en 1981, la RENAMO engrosó sus filas a unos 20 000 a la altura de 1988.⁷ En una gira europea a fines de 1991, su presidente, Afonso Dhlakama, recordaba que como en 1982, era un pequeño grupo, Maputo había rechazado su propuesta de negociar, por lo que a la RENAMO no le había quedado más remedio que "crecer", tal como hiciera en su momento el FRELIMO. Resulta, sin embargo, desconcertante que la RENAMO lo haya con-

⁵ Así lo atestigua un informe de la inteligencia militar norteamericana, que data de inicios de 1992, y del cual se ha hecho eco la prensa internacional.

⁶ Allen and Barbara Isaacman, "South Africa's Hidden War", *Africa Report*, November-December 1982, p. 8.

⁷ Richard Grenier, "Weaning Mozambique", *National Review*, 5 de febrero de 1988, p. 42.

seguido con métodos tan diferentes a los que caracterizaron la exitosa guerra anticolonial de los que hoy son sus adversarios. Por ello, es menester asomarse a la relación de unos y otros con el campesinado.

El FRELIMO y el campesinado

Ya en los albores de la lucha anticolonial, el FRELIMO tuvo en cuenta la necesidad de una firme implantación campesina, considerando que la población urbana del país no alcanzaba el medio millón de personas;⁸ en 1975, el índice estaría todavía alrededor del 8%. Sin embargo, cinco años después, el censo de 1980 la hacía ascender al 13%⁹ y para 1991, en uno de los procesos más violentos de urbanización de la historia, ya el 30% de los mozambicanos vivía en zonas urbanas. La guerra había cambiado totalmente las realidades demográficas básicas del país: 50% de la población se había volcado hacia las zonas costeras, huyendo del hambre y de la guerra. La población de Maputo casi se cuadruplicó entre 1974 y 1990.¹⁰ Pero los mozambicanos siguieron siendo una población dedicada esencialmente a la actividad agraria: si bien la venta de servicios seguía siendo la fuente principal de divisas del país, la agricultura —que en 1975 aportaba 82% de las exportaciones— se mantuvo preponderante en el comercio exterior. Lo grave fue que tanto la agricultura como la industria (limitada esta última a los enclaves del “Mozambique útil” de los alrededores de Maputo y Beira) sufrieron un desplome en los años ochenta. El efecto social del fenómeno fue catastrófico, puesto que la producción agrícola nunca suplió las necesidades del consumo interno porque el desplome económico limitaba la liquidez indispensable para adquirir alimentos tanto para las ciudades en vía de sobrepoblamiento como para las zonas rurales cada vez menos accesibles, y porque la ayuda alimentaria foránea tenía dificultades para llegar al campo. Para fines de los años ochenta, 85% de la fuerza laboral del país seguía —en las estadísticas— dedicada a la agricultura, pero ésta sólo

⁸ Eduardo Mondlane, *The Struggle for Mozambique*, Hammondsorth, 1969, p. 116.

⁹ *Terre Nouvelle* (Lausanne), núm. 44, septiembre-octubre de 1987, p. 12.

¹⁰ Michel Cahen, *Mozambique: Analyse politique de conjoncture*, Indigo Publ., 1990, p. 6.

abastecía el 12% de las necesidades alimentarias nacionales.¹¹ La realidad parecía ser que el campesinado estaba impedido de trabajar y de comer.

Para orientarse en el enmarañado conflicto mozambicano hay que tener en cuenta algunos aspectos esenciales de sus sociedades rurales, sometidas en la fase colonial a una desarticulación acelerada brutalmente con la prolongación y la intensificación de la guerra. El último censo (con sus limitaciones) fijó una población de 12 millones de habitantes hacia 1980, pero de persistir las altas tasas de fecundidad (6.4 hijos por mujer) y natalidad (47 por mil), e incluso con el azote de la guerra, los estimados son de 15 millones en 1990 y (sin guerra) 20 millones para el año 2000. Hay en Mozambique al menos 10 conglomerados étnicos principales bien diferenciados, y un total de 25 lenguas distintas: todavía en 1980, no más de 25% de la población hablaba el portugués. En el sur, el conglomerado principal son los tsonga, que ocupan la mayor porción del tercio del país al sur del río Save y son cantera fundamental de la exportación de mano de obra a Sudáfrica. Más al norte se ubica el conglomerado shona-karanga, con parientes étnicos mayoritarios en el vecino Zimbabwe. Aún más al norte, un mosaico de grupos menores y diversos —entre ellos los sena, los tonga y los chuabo— está marcado por su contacto secular con árabes y portugueses. Al norte del Zambeze habitan los macua-lomwe, grupo más numeroso (un tercio de los mozambicanos) y finalmente los yao y los makonde. Aproximadamente la mitad de los mozambicanos son clasificados como animistas (aunque en las etnias mayores la proporción puede llegar al 70%), un tercio como cristianos y 13% —especialmente los yao y los makonde— islámicos. Producto de la educación política del FRELIMO, un 7% de la población se declara atea.¹²

Dotado de una dirigencia predominantemente sureña, el FRELIMO desató la lucha a mediados de los años sesenta en el extremo norte, donde podía contar con santuarios en Tanzania y con un campesinado disperso, pero que dio muestras de su disposición a asociarse para exigirle sus derechos al régimen colonial, asentado en la lejana capital. La guerra se extendió pronto a Niassa y, hacia el final

¹¹ Grenier, *op. cit.*, p. 42.

¹² *Terre nouvelle*, *op. cit.*, p. 12.

de la guerra anticolonial, por primera vez a regiones económicamente importantes: Zambezia y Tete. Paradigma del capitalismo “de enclave”, Mozambique contaba con varios corredores orientados de este a oeste, pero con pésimas infraestructuras de comunicación para unir el país de norte a sur. Lourenço Marques (la capital, hoy Maputo), era la terminal del enclave más importante, ubicado en el extremo sur; mucho más al norte, Beira, capital de Zambezia (la provincia más poblada), con su traspatio *shona*, albergaba el segundo corredor en importancia, con vías férreas, carreteras y oleoductos vitales para la vecina Rhodesia/Zimbabwe y —hasta 1975— producía 50% de las exportaciones agrícolas del país, junto a la mayor parte de los alimentos que consumían las provincias deficitarias.

Respondiendo a la experiencia práctica de gobierno en las zonas liberadas del norte, que contribuyó a radicalizar al FRELIMO, el joven estado independiente emprendió una reforma agraria que debía, desde 1975, eliminar los privilegios de compañías extranjeras y latifundistas locales, crear granjas estatales, cooperativas y aldeas comunales, y establecer tiendas del pueblo —para eliminar la usura— y servicios sociales, produciendo un vuelco en las relaciones entre los hombres. En muchas regiones los cambios fueron acogidos con entusiasmo pero en otras hubo apatía o incluso resistencia; algunos campesinos se sintieron forzados a la colectivización; el tránsito de estructuras —en circunstancias de guerra— hizo decaer la producción y dificultó la distribución. Los jefes tradicionales —tanto las jefaturas espontáneas como los *régulos* impuestos por el colonialismo— se vieron pasados por alto en tanto perdían sus privilegios económicos y, además, no desempeñaron papel alguno en las elecciones locales de fines de 1977.¹³ A la altura de 1983, cuando la guerra se intensificaba, se adoptaron rectificaciones; una de ellas fue la eliminación de las tiendas del pueblo, debido a la escasez de cuadros capaces de administrarlas, que había dado lugar a la extensión del mercado negro y la corrupción.¹⁴ Pero ni la creación de milicias (que llevó a armar, hacia 1982, a 40% de la pobla-

¹³ Gary Baker, “Mozambique: The Post-Colonial State and the Consolidation of People’s Power”, *The Pan-Africanist* (Northwestern University, Evanston, Ill), núm. 9, enero de 1982, pp. 62-63.

¹⁴ Mai Palmberg (comp.), *The Struggle for Africa*, Zed Press, Londres, 1983, p. 133.

ción adulta de Sofala) ni una creciente atención gubernamental al sector agrícola familiar impidieron el deslizamiento de la producción campesina ni el descontento en el campo. Muchos problemas resultaban difíciles de erradicar:

En algunas cooperativas, los campesinos ricos (*kulaks*) encontraron modos de sacarle provecho a la nueva situación. Tenían medios para adquirir implementos agrícolas de mejor calidad, producir para el mercado urbano y enriquecerse, desplazando así a los campesinos menos afortunados, obligados a migrar a los centros urbanos a ganarse el pan. Esto agravó la penuria de alimentos y el desempleo en los pueblos. Representó, por supuesto, un revés de la estrategia agraria del gobierno tendiente a socializar el campo. Lejos de incrementar el poder de las masas rurales trabajadoras, las cooperativas no afectaron a los elementos locales dominantes, cuyo éxito, en última instancia, estaba asociado a sus vínculos con el estado colonial. En Zambesia, la colectivización fue virtualmente derrotada debido a la incapacidad del gobierno para desarrollar una nueva actitud respecto a la fuerza de trabajo, sin la cual es imposible incrementar la productividad apreciablemente y, de ahí, desarrollar exitosamente las fuerzas productivas.¹⁵

El giro económico esbozado a partir de 1984, agudizado desde 1987 con la aplicación de un típico programa de ajuste estructural, tampoco alivió en lo inmediato el peso que oprimía a las masas rurales. La parcelación de las grandes granjas estatales parece estar beneficiando más al sector privado (que es también el destinatario del grueso de la ayuda foránea a la recuperación de la producción agrícola) que al cooperativo o al familiar, de ahí que no tenga impacto apreciable en la deseada recuperación de la base social campesina característica del FRELIMO en los años de lucha anticolonial,¹⁶ a pesar de que desde 1986 se evidencia un intento oficial serio por atraer a las jefaturas tradicionales, según se manifestó en el anuncio del presidente Joaquim Chissano referido a que los antiguos régulos y mambos podrían presentar sus candidaturas a las próximas elecciones.¹⁷ Paralelamente, después de años en los cuales el joven poder puso énfasis en la igualdad de todos los mozambicanos en un intento por suprimir a la etnia en beneficio de la nación, se comienza a prestar mayor atención a la representación de los diferentes grupos en las jerarquías del FRELIMO, especialmente de las

¹⁵ Ladu-Gore, *op. cit.*, p. 52.

¹⁶ Cahen, *op. cit.*, pp. 9-10.

¹⁷ *Ibid.*, p. 28.

regiones de Nampula, Cabo Delgado y Niassa, donde la población se queja de no recibir suficientes beneficios en comparación con las zonas más industrializadas de los alrededores de Beira y Maputo. Los shangana (grupo común a los tres máximos líderes sucesivos del FRELIMO: Mondlane, Machel y Chissano) siempre fueron los mejor representados en las jerarquías del gobierno y el partido, seguidos por los makonde (bien presentes en las jefaturas militares, aunque éstas, en virtud de los más recientes cambios constitucionales, vayan quedando al margen de las decisiones políticas) y los ronga (predominantes en la administración central). Los macua (importantes en Zambezia, Nampula —las provincias más pobladas y ricas— y Cabo Delgado) han visto a pocos de sus exponentes en las jerarquías, hasta el nombramiento de Mateus Kaputa como ministro de Cultura en junio de 1991. Se han manifestado también esfuerzos por incorporar a exponentes de grupos poco favorecidos —como los chopi y los mainhambane— al gobierno. A diferencia del partido, en el gobierno nunca se tuvo en cuenta el equilibrio étnico, ni siquiera racial, pues en este último la norma era sólo la eficiencia, de modo que todavía en 1988 más de 40% de los integrantes del gabinete eran clasificados como blancos, mestizos o de origen indio. En el partido, de otro lado, las restricciones al ingreso por motivo de creencias religiosas limitaron las incorporaciones campesinas: entre 1989 —cuando el V Congreso levantó las restricciones por motivos de origen social o creencia religiosa— y 1991, las filas del FRELIMO se duplicaron para alcanzar al medio millón de afiliados.

La RENAMO y el campesinado

La RENAMO comenzó operando hace más de tres lustros en Chimoio, provincia de Manica. El predominio shona en su dirigencia —aunque hoy se cuenten líderes macua, makonde y otros— se atribuye al interés de sus patrocinadores rhodesianos por el corredor de Beira¹⁸ pero entonces sorprende su rápida extensión nacional a partir de 1982: en 1984 sus operaciones llegaron hasta Maputo; en 1982 penetró con grandes contingentes en Zambezia, y desde 1986

¹⁸ William Minter, "The Mozambican National Resistance (RENAMO) As Described by Ex-Participants", *Research Report*, Washington, D.C., marzo de 1989, p. 12.

mantiene bases permanentes en esa provincia y en Tete.¹⁹ La paradoja es aún mayor si se tienen en cuenta su origen “prefabricado” y “teleguiado” fuera de toda duda, la brutalidad probada de sus métodos y la endeblez de su arista política. Sólo desde 1982 cuenta la RENAMO con un consejo nacional integrado tanto por líderes políticos como militares; su primer programa político conocido —muy general— data de 1981, y no fue sino hasta abril de 1990 —ya bien en marcha las negociaciones de paz de Roma— que la RENAMO presentó sus posiciones de manera clara y detallada.²⁰

Siguiendo los métodos de las unidades especiales africanas creadas por el colonialismo portugués en Mozambique, la RENAMO diezma a la población rural con asesinatos masivos, mutilaciones (corte de labios, narices, orejas, senos) y en ocasiones obliga a los sobrevivientes a comer porciones de sus familiares asesinados.²¹ En regiones donde no encuentra apoyo, recurre al reclutamiento a través del secuestro, y los secuestros se vuelven más desesperados en la medida en que los campos se vacían y escasean las fuentes de alimento.²² En las provincias del sur, donde es difícil encontrar hombres hábiles disponibles, recurre al secuestro de niños, a los que bajo el efecto de la amenaza o de estupefacientes, obliga a perpetrar crímenes.²³ La población “de apoyo” no parece tener acceso a las bases ni a las armas; se la utiliza para obtener o transportar alimentos, y las mujeres jóvenes para la satisfacción sexual de la tropa.²⁴ Hay zonas campesinas (especialmente *shonas* y *senas* en Manica) sometidas a un régimen de impuestos en granos y otros productos esenciales para la RENAMO y —en tiempos de hambruna— a requisas forzosas por parte de la tropa.²⁵ Los efectivos de la

¹⁹ *Ibid.*, p. 1; *Terre nouvelle*, *op. cit.*, p. 12.

²⁰ Minter, *op. cit.*, p. 14; Bernard Couret, *Dossier Mozambique*, París, septiembre de 1987, p. 65.

²¹ Couret, *op. cit.*, p. 64; Jorge Rebelo, “Armed Banditry in Mozambique —A Variant of South African— Sponsored Death Squads”, trabajo presentado en la conferencia CIIR sobre “Death Squads and Vigilants: Block to Third World Development”, Londres, mayo 18-19, 1988.

²² Cahen, *op. cit.*, pp. 30-31 y 58.

²³ Minter, *op. cit.*, p. 5; Derrick Knight, *Mozambique: Caught in the Trap*, Christian Aid, Rushden, 1988, p. 11.

²⁴ Minter, *op. cit.*, pp. 5 y 8.

²⁵ Robert Gersony, *Summary of Mozambique Refugee Accounts of Principally Conflict-Related Experiences: Report Submitted to Ambassador Jonathan Moore and Dr. Chester A. Crocker*, Washington, Department of State Bureau for Refugee Programs, abril de 1988; Cahen, *op. cit.*, p. 58.

RENAMO se clasifican en reclutas (recién llegados, mantenidos en campamentos aparte, vigilados y entrenados en pocas semanas), *matsangas* (regulares de la RENAMO) y *majubas* o *mudjibas*, que son las milicias reclutadas por los jefes tradicionales a solicitud de la RENAMO, generalmente dotadas de armas blancas y destinadas a misiones de apoyo, pero que en ocasiones pueden realizar por su cuenta operaciones de extrema crueldad.²⁶ A diferencia de la práctica del FRELIMO durante la guerra anticolonial, la RENAMO no crea en las aldeas sometidas a su influencia ninguna estructura política. A pesar de su clara estructura jerárquica militar para asegurar el mando, el control y las comunicaciones, tampoco practica mucho la educación política con sus tropas, y menos aún con los campesinos. Por lo general, suele dejar la administración de sus territorios en manos de los jefes tradicionales, y sólo desde fines de los años 80 nombró a algunos administradores civiles.²⁷

No parece que baste la explicación de que una proporción importante de los campesinos se somete a la fuerza militar que controle su territorio, y asume su suerte con bastante fatalismo.²⁸ La persistente implantación de la RENAMO, y su éxito en impedir la normalización de la vida en buena parte del país a pesar de la brutalidad de sus métodos requiere, en efecto, un estudio complejo sobre sus relaciones con las poblaciones campesinas, imposible de emprender ahora debido a las circunstancias de la guerra. Pero algunos indicadores conocidos pueden servir de clave.

Se ha observado que un ejército con un alto número de soldados reclutados por la fuerza puede funcionar —como ocurre con la RENAMO— con mecanismos de control que incluyan la amenaza de severos castigos para los desertores y sus familiares, comprometiéndolos en crímenes que impliquen severas penas en caso de caer en manos de las tropas enemigas, y con el traslado de reclutas novatos a operar lejos de sus regiones de origen. Semejantes disposiciones son efectivas en medios campesinos como los de Zambesia, donde la gente se aleja poco de su aldea, pero menos eficaces en el sur, cuya población tiende a desplazarse con frecuencia.²⁹ En cuanto al apoyo voluntario, se reportan casos en que los campesinos,

²⁶ Cahen, *op. cit.*, p. 14.

²⁷ Minter, *op. cit.*, p. 11; Couret, *op. cit.*, p. 65; Cahen, *op. cit.*, p. 13.

²⁸ Minter, *op. cit.*, pp. 4 y 7.

²⁹ *Ibid.*, p. 6.

desilusionados por el fracaso de políticas de desarrollo del gobierno central, no ven con desagrado la llegada de contingentes de la RENAMO: ése parece haber sido un caso bastante extendido en Zambesia en 1982. Pero cuando las bandas intentaron, en la propia Zambesia, establecer bases permanentes y extenderse hasta el mar, con su táctica de "tierra arrasada" que degeneró en devastación y éxodo, los campesinos manifestaron en muchos lugares su oposición activa, aunque algunos jefes tradicionales locales, curanderos y hechiceros, siguieron colaborando con los bandidos. A esa modificación radical de la disposición del campesinado se atribuye en buena medida el éxito del ejército gubernamental en la recuperación de zonas costeras y gran parte del Valle del Zambeze en 1986-1987.³⁰

La devastación de la guerra no se expresa sólo en el éxodo masivo hacia las zonas urbanas: se traduce también en la huida hacia la selva, por donde la población deambula en ocasiones durante meses, o en la permanencia precaria en virtuales "tierras de nadie" o que cambian frecuentemente de mano entre los ejércitos beligerantes, y en las cuales la gente común permanece privada de los más elementales servicios. La RENAMO ha destruido más de la mitad de las escuelas del país (en Tete y Zambesia, el 80%) y sus acciones han hecho descender el número de médicos por campesino, de uno por 161 000 en 1982 a uno por 396 000 en 1986. A raíz de sus asaltos a los hospitales rurales, en el curso de los cuales no es raro que los pacientes sean pasados por las armas, muchos campesinos han dejado de acudir a los pocos centros de salud que quedan en pie.³¹ Se ha comentado además —y ello es sin duda exacto— que las muertes en el campo son más frecuentemente consecuencia de la propia destrucción de la sociedad campesina que del efecto directo de la guerra.³² En esa perspectiva:

El objetivo de la RENAMO es hacer la vida insostenible para el agricultor y el campesino, imposibilitándole atender cosechas y dejándole sin hogar. Al obligarle a huir al bosque aterrado por su vida, no sólo lo reduce al hambre extrema, sino que lo empuja a condiciones primitivas, subhumanas. Espera

³⁰ Ibid., p. 8; Knight, *op. cit.*, p. 18.

³¹ Knight, *op. cit.*, p. 13.

³² Cahen, *op. cit.*, p. 8.

que los mozambicanos lleguen a la conclusión de que cualquier forma de vida es mejor que ésta, y que ayuden a ponerle fin al gobierno actual.³³

La pregunta que se plantea, entonces, es cómo la RENAMO ha tenido éxito en su objetivo de mantener sojuzgados a millones de mozambicanos, de obligarles a retroceder en sus condiciones de vida y de influir en el mismo sentido sobre muchos más que no se encuentran bajo su control directo. Más allá de la aceptación generalizada entre los estudiosos de los innegables orígenes “externos” de la RENAMO, de su énfasis en lo militar por encima de lo político, y de la crueldad extrema de sus métodos, emergen hipótesis diversas para explicar su eficacia como máquina de destrucción. La mayoría de los analistas tiende a destacar la efectividad del terror como arma movilizadora;³⁴ otros subrayan que el prolongado y encarnizado enfrentamiento de dos maquinarias de guerra, en condiciones de un conflicto sumamente irregular, ha tenido consecuencias duraderas sobre las conciencias de las masas rurales y sentado nuevas realidades,³⁵ al tiempo que algunos aseguran que el cambio crucial que diferencia la situación de guerra de los años noventa respecto a la de los setenta es que la RENAMO ha captado a una porción decisiva del campesinado.³⁶ Pero aun dando por cierto este último enfoque, ello no implicaría que la RENAMO pueda realizar un cómodo tránsito a la vida pacífica ni a la lucha meramente política, y mucho menos que tenga probabilidades de éxito en un cotejo electoral. La precariedad del apoyo a la RENAMO se transparenta en su temor a que la organización se disuelva en bandas autónomas de delincuentes con el arribo de la paz, temor evidente en la persistente demanda de la RENAMO (desde 1984) de una solución de “poder compartido”, de un condicionamiento del cese del fuego total a un arreglo de paz definitivo,³⁷ y, más recientemente, en sus evidentes maniobras dilatorias en las negociaciones. Se ha observado que “como cuerpo social guerrero, la RENAMO no tiene otra finalidad que la guerra, su medio de reproducción”; de ahí la complejidad de

³³ Knight, *op. cit.*, p. 13.

³⁴ Véase, por ejemplo, Minter, *op. cit.*

³⁵ Véase, por ejemplo, Jorge Derluguian, *Quantas cabeças possui a hydra. Do Ambiente social da violência em Moçambique*, citado por Cahen, *op. cit.*, p. 55.

³⁶ Véase, por ejemplo, Christian Geffray y Cahen, *op. cit.*, p. 57.

³⁷ Cahen, *op. cit.*, p. 40.

sus relaciones con el campesinado y la fragilidad de su arista política, que tiene enormes dificultades para desarrollar.³⁸ Dicho de otro modo, la diferencia esencial entre el FRELIMO y la RENAMO radica en que el primero emergió como organización política que —en pos de objetivos políticos— desarrolló un aparato militar, mientras que la segunda apareció como entidad puramente militar, con fines exclusivamente militares (la “política” era asunto de Rhodesia, y luego de Sudáfrica) y sólo recientemente trata de definir —con dudosa posibilidad de coherencia— sus objetivos políticos propios.

La diferencia no es de poca monta, pues marca todos los demás rasgos que distinguen a una organización de la otra, por más cambios que cada una haya sufrido. Sin embargo, ello no quiere decir que la RENAMO esté destinada a desaparecer como mera consecuencia de la renuncia a su esencia primigenia, una vez llegada la paz. La RENAMO ha tenido éxito en imponer sus violentas reglas de juego a toda la sociedad mozambicana —desde la cúpula dirigente hasta el último campesino— con la generación del desorden: en cierto modo, ha impuesto su mentalidad.

...la existencia de ese bandidismo “puro” o “social” si se quiere (en la medida en que ciertas bandas son producto de la descomposición de la sociedad campesina) fue casi reconocido por Joaquim Chissano cuando emitió, en abril de 1989, una opinión favorable a una propuesta de crear “polos de desarrollo” alrededor de los grandes proyectos económicos basados en capitales extranjeros, administrados de manera autónoma, del corte de los corredores de Beira y Nacala, y destinados a atraer a los “bandidos armados” que no están vinculados a la RENAMO ni a ningún otro grupo, y que viven de la guerra.³⁹

Etnia, raza, violencia y contraviolencia

La violencia colonial-fascista dejó un legado de fuertes tensiones étnicas en el país, sumadas a un notable regionalismo centrífugo. Se recuerda que la barrera racial impidió, en el instante crítico de 1974-1975, una colaboración de la ultraderecha blanca local con la incipiente burguesía negra y mestiza que cerrase el camino del FRELIMO al poder. El propio FRELIMO ha sido conmovido en ocasio-

³⁸ *Ibid.*, pp. 44-45.

³⁹ *Lettre de l'Océan Indien*, núm. 387, 17 de junio de 1989, p. 27.

nes por pugnas de índole racial, en tanto importantes sectores asociados a él suelen retomar de vez en cuando el tema de eliminar a blancos, mestizos e indios de sus puestos de poder político o económico.⁴⁰ El FRELIMO ha mantenido como línea política estable, no obstante, una firme posición contraria al racismo, al tribalismo y al regionalismo.

La RENAMO ha manipulado con bastante éxito aquí y allá valores “tradicionales” susceptibles de movilizar a algún campesinado contra la “modernidad” que conllevan las políticas del FRELIMO —ahora en estado de virtual parálisis como consecuencia de la guerra— en un modo comparable al que utilizara el FRELIMO para movilizar a los campesinos contra las instituciones del régimen colonial tres decenios antes. Si la extensión de la instrucción “moderna” es uno de los pilares de la modernización, la RENAMO parece estar ganando la batalla por contrarrestarla. El analfabetismo, que sobrepasaba 90% hacia 1975, y que luego retrocedió en virtud de los esfuerzos en el sector de la educación, de nuevo prospera como consecuencia de la destrucción de la red escolar. Se recuerda que “la RENAMO es ante todo un movimiento de ausencia de la escritura ...y una estructura de analfabetos en la cual un egresado de cuarto grado es un cuadro superior”.⁴¹ Algo comparable ocurre con el sistema de salud, al que —sumamente diezmado— tienen escaso acceso los habitantes del campo: en buena parte de Zambesia y en otras zonas ocupadas, la población campesina, al igual que los efectivos de la RENAMO, recurre a los curanderos, y ello tiende a reforzar cierta comunidad de identidades entre el “gobierno alternativo” y sus “gobernados” y a diferenciar, de nuevo, las prácticas campesinas de las urbanas, que el FRELIMO se planteaba extender a todo el país. Adicionalmente, hay que recordar que el colapso económico indujo recientemente al gobierno mozambicano, en el marco del ajuste estructural en curso, a abrir la educación y la salud a la iniciativa privada, nacional y extranjera: el giro expone al gobierno a antipatías comparables a las que el FRELIMO utilizó para ganar apoyo en su momento contra el régimen colonial entre los sectores más pobres del campo.⁴² El descenso de los valores

⁴⁰ Véase González, *op. cit.*

⁴¹ Véase Derluguian, citado por Cahen, *op. cit.*, p. 43.

⁴² Minter, *op. cit.*, p. 8.

“modernos” y la resurrección y el empuje de los tradicionales se hace más patente en otros aspectos de la vida cotidiana. Las miserias diarias, las dificultades de procurarse la reproducción a través de la agricultura —debido a las calamidades naturales o la guerra— elevan el atractivo de la vida militar y están en la base de la proliferación de la violencia sin rostro estrictamente político: el alimento seguro, el botín de guerra y el fusil vuelven a ocupar un rango importante en la escala de valores del Mozambique rural.⁴³ Quiebran no sólo los nuevos valores difundidos al calor de la lucha nacionalista, sino otros de más antigua implantación, generados por las sociedades precoloniales o por la propia presencia europea. Por ejemplo, las iglesias cristianas que siguen operando en zonas controladas por las bandas resultan cada vez más antagonizadas por la RENAMO, pero su impacto sobre la población campesina parece seguir declinando.⁴⁴

La RENAMO y la población campesina de sus áreas de influencia pueden, por lo tanto, estar cada vez más en sintonía en lo que se ha caracterizado como una “corriente anti-estado” que encuentra su sustrato en la ruptura o el prolongado aislamiento de medios rurales respecto de las instituciones del “estado moderno”, y su asociación, por opción o por imposición, al “nuevo poder” que las bandas prometen en su “búsqueda difusa e ilusoria de un nuevo estado”.⁴⁵ En el centro de los sentimientos que pueden ser fácilmente alentados están el odio contra lo urbano, lo blanco y lo mestizo.⁴⁶ En efecto, la propaganda radial de la RENAMO enfatiza su oposición a las aldeas comunales y el deseo popular de “vivir solos en el monte”, aunque a menudo a los reclutas y a los campesinos se les prometa localmente “ir a vivir a la ciudad”, con sus comodidades, una vez alcanzada la victoria.⁴⁷ La RENAMO describe a las zonas urbanas como “refugio del enemigo”, y sus ataques allí son todavía más sangrientos que en los medios rurales, para hacer imposible la vida de ciudad. La penetración más evidente del estilo de vida moderno en el campo —aldeas comunales, servicios sociales, escuelas— son blanco privilegiado de sus ataques, que a veces suscitan simpatías de

⁴³ *Ibid.*, p. 7.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.

⁴⁵ Cahen, *op. cit.*, p. 43.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 43.

⁴⁷ Minter, *op. cit.*, p. 7.

sectores que se sienten amenazados por esas penetraciones, en primer lugar los jefes tradicionales y los curanderos.⁴⁸

La RENAMO ha podido recurrir a la manipulación de divisiones tribales, destacando el predominio de exponentes de etnias del sur en la dirección del país, en detrimento de naturales de provincias tales como Manica y Sofala, especialmente los hablantes de dialectos *shona* como el *ndau* y el *manica*. Apela a menudo a “valores tradicionales *shona*” atacados por el FRELIMO, tales como la dote, la poligamia y el culto de los antepasados. Los líderes étnicos en línea con el pensamiento de las bandas atribuyen sequías o inundaciones a la “alienación de los antepasados” por obra de la política del FRELIMO. Pero la RENAMO no ha permanecido ella misma al margen de enfrentamientos étnicos en el seno de su dirigencia: la importante escisión del comandante Gimo Phiri, quien en 1987 pasó a fundar la *Uniao Nacional Moçambicana* (UNAMO), se atribuye al continuado predominio (80-90%) de comandantes *shona* entre sus dirigentes,⁴⁹ precisamente de los subgrupos *ndau* y *manica*.

Podrá comprenderse el fuerte impacto que tiene en Mozambique la mentalidad tradicional y campesina, incluso en las zonas urbanas, sobre todo si tenemos en cuenta el acelerado éxodo hacia la ciudad en años recientes, y la rápida flexibilización de la política del FRELIMO en el sentido de la tolerancia respecto a la diversidad, incluso cuando ésta conlleva tribalismo, racismo y regionalismo, en aras de la reconciliación nacional. En el transcurso de las discusiones populares del anteproyecto de constitución a fines de 1990, se manifestó una fuerte corriente en favor del traslado de la capital a Beira, así como una diversidad de opiniones respecto de la lengua oficial del país. Entre 1990 y 1991, al calor del multipartidismo, apareció una decena de fuerzas políticas menores que evidencian tendencias variadas: el Partido Democrático Liberal de Moçambique esbozó hasta 1991 una línea muy racista, en su oposición a blancos, asiáticos o mestizos, y cierto tribalismo en su insistencia en que se restaure el *regulado*, en la autonomía local y en la utilización de lenguas regionales en los discursos de los responsables locales y provinciales; el Congreso Independiente de Moçambique, basado en Kenia, también reclama la restauración de todos los de-

⁴⁸ Cahen, *op. cit.*, pp. 13-15.

⁴⁹ Issacman, *op. cit.*, p. 6; Minter, *op. cit.*, p. 12.

rechos y autoridades tradicionales; el Movimiento Nacionalista Moçambicano comparte las líneas políticas de la RENAMO; el Partido Democrático de Moçambique propugna el federalismo, al igual que el Partido Federal de Moçambique, que también defiende “la preservación de los valores tradicionales”. La Ley de Partidos aprobada por el gobierno en diciembre de 1990 proscribió la formación de organizaciones políticas de base regional, tribal, racial o religiosa; les exigía una implantación nacional y una sede central en Maputo. La RENAMO objetó —en las negociaciones de paz de Roma— el requerimiento previsto de 100 firmas en cada una de las once provincias para que un candidato pudiera postularse, y finalmente el gobierno cedió en ese punto. Pero el gobierno, preocupado por el peligro del resurgimiento de tendencias étnicas centrífugas, se esfuerza por apaciguarlas. No fue casual que cuando el presidente de Zimbabwe y amigo del FRELIMO, Robert Mugabe, visitó Beira a fines de diciembre de 1991, se dirigiera en lengua shona a los trabajadores del puerto y les exhortara, en su idioma, a apoyar al gobierno mozambicano.

El futuro de Mozambique permanece incierto. La guerra no sólo ha desarticulado al campo, sino que ha extendido la violencia a la ciudad. En las zonas urbanas de la costa, la sobrepoblación hace aumentar el desempleo y la escasez de alimentos, en el instante crítico en que la aplicación del ajuste estructural genera nuevas contradicciones con los asalariados de la ciudad, tal como pareció indicar la oleada de huelgas sin precedentes de enero de 1990, casi un año antes de que se reglamentase el derecho de huelga.⁵⁰ La explosión urbana trajo, además, elementos que pueden dificultar la convivencia como consecuencia de su prolongada permanencia en el campo en condiciones de guerra y su difícil adaptación a un medio urbano sumamente deprimido. Con su millón de habitantes, Maputo se contaba hasta hace pocos años entre las ciudades más seguras y tranquilas de África: en 1978 sólo se reportaron ocho asesinatos, y los índices de criminalidad continuaron muy bajos hasta 1989,⁵¹ sobre todo en lo que respecta a hechos de sangre. Hoy la situación ha cambiado radicalmente, tanto en Maputo como en las demás ciudades, así como en sus periferias rurales, hasta

⁵⁰ Cahen, *op. cit.*, p. 46.

⁵¹ Knight, *op. cit.*, p. 58.

el punto que resulta muy difícil establecer el carácter político o puramente criminal de las acciones.

La proliferación de bandas "independientes" en las periferias de las zonas urbanas es un hecho probado. En ocasiones, la RENAMO y la población han acusado a las milicias de estar realizando asaltos: en respuesta a denuncias de este tipo, el gobierno decidió desarmar a las milicias independientes que seguían operando en el corredor de Beira pocas semanas después de la firma, en noviembre de 1990, de la tregua parcial que desmilitarizó ese corredor. La capacidad de los organismos armados para hacer frente a la violencia parece sobrepasada; la prensa mozambicana da abundantes testimonios de la inconformidad de la población frente a la apatía de esos organismos y frente a la tendencia de algunos de sus integrantes a utilizar la fuerza de las armas en provecho propio, en el transcurso de 1991 y principios de 1992. Los efectos de la desmovilización y la incertidumbre se reflejaron en que menos de 0.5% de los jóvenes que debía presentarse al servicio militar en 1991 en la capital lo hizo. Ese mismo año, la ola de secuestros de niños que la policía de Maputo fue incapaz de controlar indujo a grupos encolerizados a proceder a linchamientos de sospechosos. La virtual desaparición de la policía de las zonas periféricas de la capital, donde la criminalidad iba en aumento, fue objeto de una reunión del consejo de ministros, junto con el floreciente mercado negro de armamentos de todo tipo, vendidos por desertores de uno y otro bando. En septiembre, fuentes policiales revelaron que una redada en Maputo permitió recuperar 645 armas de fuego y determinar que 70% de los delincuentes detenidos eran desertores del ejército. La prensa mozambicana a menudo reporta batallas campales entre soldados que invaden establecimientos o zonas de cultivo privados, de un lado, y, del otro, milicianos pagados para cuidarlos. En un caso de abril de 1991 se reportó la presencia de militares, milicianos y campesinos armados entre una turba que asaltó un almacén de ayuda alimentaria de emergencia proveniente del exterior, en Nampula.⁵²

Al igual de lo que poco antes había empezado a ocurrir en el campo, la población de las ciudades empieza a organizar sus propias formas de autodefensa y contraviolencia, a menudo sangrien-

⁵² Prensa mozambicana del transcurso de 1991; también Ruth Ansah Ayisi, "Fighting the Crime Wave", *Africa Report*, noviembre-diciembre, 1991, pp. 66-68.

tas. Sólo en un lapso de dos semanas, entre agosto y septiembre de 1991, ocurrieron en Maputo 25 linchamientos contabilizados, de sospechosos de ser delincuentes; algunos perecieron con el suplicio del "collar" que estuvo en boga hace pocos años en los *townships* sudafricanos. La virtual quiebra de la ley y el orden en zonas urbanas y la organización espontánea de la población para hacerle frente no es sino otra manifestación de la quiebra de los valores "modernos" y de toda autoridad que no emane de la violencia armada. Los robos reiterados de cadáveres en el cementerio de Nampula denunciados en la prensa, con el objetivo de prácticas de "brujería", es otro indicador que subraya el retroceso de las conciencias.⁵³ Proyectándolo a escala nacional, "a nivel político la prolongación de la guerra podría restar base a la política nacional o incluso al propio sentido de identidad nacional, acompañado de la división *de facto* del país en feudos de señores de la guerra".⁵⁴

Resistencia campesina y religión

En un ataque a Chichaquelane (Gaza) en julio de 1991, la RENAMO dio muerte a sesenta civiles, secuestró a un centenar de campesinos y robó buena parte del ganado local. Se entiende que las bandas procedan de ese modo en las regiones del sur donde no les ha sido posible obtener apoyo alguno de la población, pero el hecho es que también se reportan crímenes frecuentes, y sobre todo robo de ganado, en perjuicio de los shona y los sena, entre los cuales ha habido mayor tolerancia respecto de la presencia de las bandas. El grupo lomwe-macua —el mayor del país, e históricamente el menos comprometido con el FRELIMO— también resultó, al cabo, antagonizado por el comportamiento de la RENAMO, y desde 1989 dio muestras de las capacidades de autodefensa sustentadas en las tradiciones.

A mediados de ese año, un campesino de nombre Manuel Antonio afirmó haber regresado de la muerte tras haber sucumbido a la viruela. Manuel Antonio convenció a buena parte de sus correligionarios lomwe-macua de que volvía a la vida poseído tanto por los

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ Davis, *op. cit.*, p. 4.

espíritus de sus antepasados como por Jesucristo, con la sagrada misión de guiar a su pueblo hacia la emancipación de las miserias a que estaban sometidos como consecuencia del sojuzgamiento de sus territorios ancestrales por parte de la RENAMO. Manuel Antonio declaró contar, para ello, con el secreto de una “vacuna” que debía volver a sus seguidores invulnerables frente a las armas de fuego, y en pocas semanas consiguió organizar un ejército campesino de unos veinte mil hombres (cifra equivalente a los efectivos de la RENAMO) dotados exclusivamente de palos y armas blancas. Puesto que la RENAMO siempre había recurrido, a una “vacunación” ritual que debía preservar a sus tropas del plomo y asegurarles la victoria militar sobre sus adversarios, muy pronto sus escaramuzas con las huestes de Manuel Antonio asumieron el carácter de una batalla por el predominio de una de las dos “vacunas” y del grupo de líderes políticos y religiosos que la impulsaban, urgidos de demostrar su superioridad.⁵⁵

Es explicable que en los medios lomwe-macua el FRELIMO haya confrontado dificultades para movilizar a la población en torno a su proyecto renovador, tanto en la etapa colonial como en los tres primeros lustros de independencia. A reserva de casos tales como el de los balanta en Guinea-Bissau, que constituyeron la base de la maquinaria militar de las fuerzas independentistas en ese país, se sabe que por lo general el potencial revolucionario tiende a ser menor en el campesinado dedicado a la subsistencia marginal que en el que se ve obligado (el caso de las etnias del tercio sur de Mozambique sería paradigmático) a exportar su fuerza de trabajo.⁵⁶ Se comprende también que, cuando los agricultores de subsistencia se deciden finalmente a organizarse para impulsar sus intereses, la religión pase a un primer plano movilizador. Pero tampoco debe sorprender, por cierto, que en medios como el lomwe-macua la esfera de la fe manifieste cierto grado de sincretismo —más evidente que en otras esferas de la cultura material o espiritual— y un arraigo popular sorprendente para sucesivos movimientos profético-mesiánicos en los que Jesucristo y el culto a los antepasados coexisten en bastante armonía.⁵⁷

⁵⁵ *Ivoire soir* (Abidjan) comentaba in extenso el trasfondo religioso del enfrentamiento, a principios de septiembre de 1991.

⁵⁶ Saul, *op. cit.*, p. 84.

⁵⁷ Jan Vansina, “A Past for the Future?”, *Dalhousie Review*, primavera-verano, 1988,

Las milicias de Manuel Antonio, conocidas como los *barama* o *naprama* (vacunados) comenzaron operando en el norte de Zambezia, y para 1990 se habían convertido en el factor decisivo que posibilitó la expulsión de las huestes de la RENAMO de buena parte de esa provincia y de Nampula, mientras las bandas antigubernamentales eran forzadas a retroceder también, por una variedad de motivos, en Manica y Sofala. El ejército gubernamental mozambicano, que estaba atravesando dificultades en ese momento, comenzó a colaborar estrechamente con los *barama*, suministrándoles armas, uniformes y algunos transportes. La RENAMO, por su parte, se sintió de inmediato amenazada por razones de diversa índole. En primer lugar, sus tropas estaban empezando a flaquear frente a los *barama*: cuando éstos se aproximaban, anunciados por sus instrumentos de percusión y sus cantos guerreros, las fuerzas de la RENAMO a menudo huían sin presentar combate. La RENAMO sólo conseguiría levantar la moral de sus hombres estableciendo la superioridad de su propia vacuna, y ello era especialmente urgente ahora, cuando se iniciaban las negociaciones de paz de Roma con el gobierno mozambicano, y cuando la sequía en los feudos “contra” de Manica y Sofala le hacía indispensable recuperar las ricas zonas agrícolas perdidas frente a los *barama* en Zambezia y Nampula como única vía para alimentar a las bandas. En 1991, aprovechando la llegada de la temporada de lluvias, la RENAMO desató una ofensiva inmisericorde contra territorios bajo control de los *barama*. A mediados de julio logró ocupar la localidad de Lalaua (Nampula), donde desató una carnicería ejemplar de la que dieron testimonio unos cuatro mil pobladores que consiguieron sobrevivir y escapar en dirección al sur. Cuando a principios de agosto el ejército regular mozambicano se abrió finalmente paso hasta Lalaua, encontró las vitrinas de los establecimientos adornadas con decenas de cabezas de los pobladores que no habían logrado huir y fueron decapitados por la RENAMO. Esta organización calculaba que así conseguiría una victoria psicológica capaz de levantar la moral de sus huestes y corroer la de sus adversarios.⁵⁸

pp. 8-23, insiste en que por esa vía, en la esfera religiosa está más avanzada la síntesis de las “tradiciones” europea y africana en muchos medios africanos.

⁵⁸ Véase, por ejemplo, “RENAMO under Pressure”, *Africa Confidential*, 13 de septiembre, 1991, vol. 32, núm. 18, pp. 4-5. Esta publicación ha seguido con detenimiento la evolución de los *barama* y su conflicto con la RENAMO.

A principios de diciembre, el diario mozambicano *Noticias* reportó que, en un asalto de la RENAMO a la principal base de los barama en Macuze (Zambezia), Manuel Antonio fue muerto a balazos y bayonetazos, y su cadáver expuesto en Quelimane. Parece que a partir de ese instante algunos de sus seguidores decidieron esperar que su líder militar y espiritual regresase, una vez más de la muerte, pero existía el temor de que, con su desaparición, sus huestes se volvieran incontrolables y se disolviesen en pequeñas unidades independientes dedicadas al pillaje. A esa altura ya había indicios de que algunos soldados barama quebrantaban la estricta disciplina impuesta por su jefe: pocos días antes de informarse de la muerte de Manuel Antonio, el gobernador de Nampula, Alfredo Gamito, expresó públicamente la opinión de que, cuando los barama se alejaban de sus bases, solían procurarse el alimento mediante asaltos y robos a estilo de la RENAMO. Antes de concluir el año, *Diario de Moçambique* informaba que grupos de pobladores de Angoche (Nampula), encolerizados contra los barama, a los que acusaban de “sumarse a los ataques de la RENAMO”, acababan de dar muerte a cerca de un centenar de sus milicianos.⁵⁹

Ya en 1991 la situación en el campo mozambicano se estaba complicando más allá de toda posibilidad de análisis de sus términos. Por ejemplo, en julio de ese año se reportaron en el altiplano de Mueda (Cabo Delgado) acciones de un nuevo grupo armado, aparentemente integrado por unidades desertoras de la RENAMO y engrosado por exiliados provenientes de Kenia. Apenas tres meses después aparecía otra fuerza militar autodenominada los *makwepa*, que se decían portadores de una vacuna más poderosa que la de los barama. Algunos analistas dedujeron inicialmente que los *makwepa* no eran más que una creación de la RENAMO para contrarrestar el empuje de los barama con mayor eficacia, pero otros insistían en que los *makwepa* operaban independientemente de —y enfrentados a— una peligrosa variedad de fuerzas militares establecidas en el norte de Zambezia: RENAMO, tropas regulares gubernamentales, barama y —según G. Phiri— unos tres mil efectivos de la Uniao Nacional de Moçambique.

En las fluidas condiciones de la guerra rural que parece a punto de desgarrar definitivamente el tejido social mozambicano, las

⁵⁹ Prensa mozambicana de diciembre de 1991.

entidades protagónicas aparecen, desaparecen, cambian de naturaleza o de papel, se alían o se enfrentan en una evolución acelerada que dificulta su clasificación y estudio. Pero un esfuerzo serio y sistemático en ese sentido es más urgente que nunca. Incluso si un acuerdo de paz entre el gobierno y la RENAMO se lograra mañana mismo, las consecuencias de la guerra sobre la mentalidad campesina serán, sin duda, de larga duración.